



López Obrador: ¿por qué la prisa?

En la recta final de su gobierno, **Andrés Manuel López Obrador** ha acelerado la aprobación de la reforma judicial, desatando una tormenta de críticas nacionales e internacionales. ¿Por qué tanta urgencia?, ¿por qué precipitar una reforma que, a todas luces, envía una pésima señal de incertidumbre jurídica a los inversionistas extranjeros?

En los últimos años, el *nearshoring* ha puesto al país en el radar de multinacionales que buscan reducir costos y riesgos. Sin embargo, la reforma judicial amenaza con enturbiar ese panorama. La idea de un sistema judicial subordinado al Ejecutivo, sin independencia ni garantías claras de imparcialidad, espanta a cualquier inversionista que valore la seguridad jurídica como un pilar para sus operaciones.

Además, la confrontación directa con el Poder Judicial y el gremio de la abogacía no sólo complica el entorno interno, sino que crea un ambiente de desconfianza que podría desincentivar inversiones clave en sectores estratégicos. La prisa de **López Obrador** también ha generado tensiones con los trabajadores judiciales, quienes ven cómo su autonomía y profesionalismo son erosionados en tiempo récord, lo que podría traducirse en un sistema judicial menos eficiente y más vulnerable a presiones políticas.

Además, está la carga que la reforma dejará a **Claudia Sheinbaum**, quien heredará un Poder Judicial fracturado, un gremio legal en pie de guerra y una comunidad internacional que observará con recelo cada movimiento de su gobierno. En lugar de una transición tersa, se enfrentará a un escenario de confrontación y desconfianza que podría empañar sus proyectos, incluso, limitar el potencial de crecimiento del país.

Entonces, ¿por qué la prisa de **López Obrador**? Existen varias hipótesis. La primera, que, fiel a su estilo, busca consolidar su legado a toda costa. Para él, dejar un Poder Judicial alineado con su visión es más importante que cualquier consecuencia económica o política. Otra, es que su tiempo se agota y quiere asegurarse que las futuras administraciones, incluso la de **Sheinbaum**, enfrenten un escenario donde su influencia se mantenga viva a través de un sistema judicial reconfigurado a su medida.

Una más, es el miedo a perder control. **López Obrador** podría adelantarse a cualquier intento de reversión de sus políticas blindándolas mediante un aparato judicial que no se oponga a su visión ni a sus acciones. Es un movimiento que busca inmortalizar su proyecto político, aun si eso significa sacrificar la confianza en las instituciones y la estabilidad del país. Claro, hay quienes creen que hay actores o grupos de interés en las sombras presionando por esta reforma, ya sea por conveniencias (políticas o económicas). O, incluso como un intento para negociar desde una posición de fuerza (frente a otros países) los asuntos que no estén explicitados.

Tampoco se puede descartar que la prisa esté motivada por la certeza de que éste es un momento único en el que puede presionar al Legislativo para aprobar cambios que, de otra manera, encontrarían mayor resistencia. Con una mayoría legislativa, sin necesidad de negociar con ninguna otra fuerza política, **López Obrador** parece decidido a jugar todas sus cartas, sin importar las consecuencias.

Su prisa no sólo desafía la lógica económica y política; desafía el sentido común. Mientras el mundo observa con preocupación, el Presidente parece decidido a perpetuar un legado marcado más por el control que por la cooperación, más por la confrontación que por el consenso. El tiempo dirá si esta premura dejará a México en una posición más fuerte o con heridas que tardarán en sanar.

La verdadera transformación de un país requiere tiempo, diálogo y consenso. La prisa en asuntos fundamentales como éstos rara vez produce buenos resultados. En su afán por dejar una marca indeleble, corre el riesgo de manchar su propio legado y comprometer el futuro que dice querer construir. El Presidente aún está a tiempo de reconsiderar. La grandeza de un líder no se mide por su capacidad de imponer su voluntad a toda costa, sino por su sabiduría para saber cuándo dar un paso atrás en aras del bien común. La pregunta es: ¿tendrá la humildad y la visión de Estado para hacerlo? El reloj corre y con él, el futuro bajo una presión y una prisa innecesarias...